

El bla bla bla del poder y el ruido de la revolución

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

DESDE que disfrutamos de una democracia, el discurso del poder ha ganado en intensidad, ya no es una sola voz en solitario; el "solo" monótono y aburrido del tirano que nos tocó en suerte se ha transformado en polifonía, en coro, en las voces de unos y de otros, en competencia de portavoces, en guirigay de gallinero, en parlamento. Ahora resulta imposible no oír al poder y difícil entender lo que nos dice. Las palabras de su único discurso se entrecruzan, se superponen, se contradicen y hasta suenan a discusiones violentas y acaloradas; pero no nos engañemos, la "música" es la misma, y la batuta y el "maestro" siguen siendo los mismos. Ya hasta tenemos otra vez a "El Corcobés" en los ruidos, como en "los buenos tiempos".

Lo que antes —y el "antes" hoy sigue siendo "antes de la muerte de Franco", como el antes durante el franquismo era "antes de la guerra civil"— nos parecía —y quizá después de todo lo fuese— "ruido" revolucionario, hoy pertenece, sin lugar a dudas, al bla, bla, bla del poder. Desde que Marcelino Camacho nos habla desde la televisión, desde que Felipe González habla desde el Parlamento o en el Parlamento, desde que Tierno Galván habla como alcalde de Madrid, desde que García Castro y Sanromá se unen en una sola voz para lograr hacerse oír, el poder habla y se lo dice todo, el sí y el no, el pero y el quizá, reivindica y rechaza, y el ruido, lo que no pertenece al discurso del poder, es sólo un silencio marginado de la sociedad, un gesto de desencanto, alguien que se niega a escuchar, que ha decidido pasar del discurso del poder, hacerse el sordo.

Resulta casi divertido el espectáculo que nos ofrecen las Cortes, donde se discuten con calor y con publicidad las leyes orgánicas y los estatutos en que se viene desarrollando la Constitución, que previamente, y en otras

instancias más íntimas del poder, como secretos de alcoba, han sido "consensuadas", y en dimes y diretes de charlas de amigos, en las que esto te doy si tú me das eso otro, aprobadas y listas para el trámite público, para el espectáculo, para la ilusión de que vivimos en una democracia, donde los ciudadanos, aunque poco, también tenemos algo que decir, utilizando para ello a nuestros representantes.

Ya sabíamos, es cierto, a qué atenernos respecto a los aspectos formales de la democracia en una sociedad capitalista, y no nos hacíamos muchas ilusiones, pero la verdad es que Suárez se está pasando al instituir como práctica permanente del poder el chalaneo, el toma y daca, "rastros" de votos, intercambio de concesiones. Lo curioso de todo este proceso de progresiva deteriorización de las "formas" democráticas a la que asistimos es que Suárez lo aplica también, y con éxito, en el seno de su propio partido y aun en la forma misma de actuar el Gobierno. Puede decirse que hoy no existe ni un solo órgano colegiado formalmente destinado a tomar decisiones de forma colectiva que funcione, ya que previamente la reunión destinada a discutir, examinar y llegar a la decisión mayoritaria, según las reglas de juego de la democracia formal o delegada, ha sido precedida de una, dos o de las reuniones necesarias de tipo informal entre unos interlocutores del presidente cuidadosamente elegidos, y es en estas reuniones donde se llega al consenso, siendo la reunión colegiada un simple trámite o sanción de lo acordado fuera y antes en su seno. En estos días precisamente, un enunciado Consejo de Ministros para tratar del importante tema de las medidas económicas que el Gobierno debe presentar a las Cortes para que el país se enfrente con la grave situación en la que nos encontramos, se está viendo aplazado

a la espera de que antes se llegue a un acuerdo, un acuerdo, no lo dudemos, con el presidente. Entre estas medidas podría tomarse la de suprimir la totalidad de los órganos democráticos por innecesarios, ya que Suárez y algunos "portavoces" se las pintan solos para gobernarlos, y el "tolón, tolón" nos está costando caro como espectáculo; en el fondo, el cine resulta más barato y más entretenido.

El "invento", en su versión española y reciente, fue de Fraga y en los tiempos del franquismo, pero Suárez se lo arrebató con el "centro" y lo practica con bastante maestría.

No se comprende cómo alguien pudo llegar a afirmar sin sonrojarse que los españoles éramos difíciles de gobernar, cuando los hechos demuestran todo lo contrario. Durante cuarenta años nos gobernó en solitario un hombre mediocre, y en los años que siguen aceptamos sin protesta que nos den gato autoritario por liebre democrática.

Cierto que Tierno, haciendo gala de la honestidad que proclamaba en su campaña y comprobando de que no se le llama para las reuniones informales, ha decidido no cobrar el sueldo de alcalde, pero que una sola persona renuncie a cobrar lo que le pagamos para que ejerza la autoridad en nuestro nombre, cuando honestamente comprueba que no puede ejercerla, no es suficiente; el ejemplo tendría que ser seguido por la totalidad de nuestros representantes, que, después de todo, se encuentran en el mismo caso. No estaría mal tampoco que, como en los malos espectáculos, nos devolvieran el dinero de nuestras localidades.

Además de todo este bla, bla, bla con el que se recubre el poder, se encuentra el "ruido" revolucionario. Parece que hoy el desencanto lo ha convertido en ruido de feria, hay quien dice que los revolucionarios hoy se dedican a la "cubata" sobre un fondo de fuegos de artificio. ■